

## DE VIAJE

No sabía cómo empezar este libro. Escribirlo era una necesidad después de haber hecho posible un deseo largamente acariciado. Hacía quince años que soñaba con ir a Sicilia y ahora que, como escribe Hrabal, lo imposible se había hecho realidad me sentí obligado a dar constancia de mi viaje a esa isla, La Isla. Buscando un libro de Italo Calvino, *La especulación inmobiliaria*, me topé con otro, que había olvidado: *Las ciudades invisibles*. Su lectura me sacó del apuro, o así lo creo. Espero no haber saqueado (como los ladrones de tumbas disfrazados de intelectuales, o los plagiarios que deambulan por las bibliotecas de la amnesia) sus ideas; sí, en cambio, haberlas ramificado, distorsionado, adaptado a mis caprichos de viajero, de un viajero que tiene la pretensión de no ser como esos contemporáneos suyos que simplemente se trasladan de un continente a otro, de un país a otro, de una ciudad a otra, de una feria comarcal a otra, o de una sala de congresos a otra, la mayoría de las veces en calidad de maletas (turísticas, comerciales, financieras, científicas, académicas, literarias o intelectuales), sino emulando a aquellos cuyo ciclo tal vez fue iniciado por Joseph Hermann Riedesel, barón de Eisembeck zu Altemburg, con su itinerario siciliano de mil setecientos setenta y seis, por Patrick Brydone, con su diario de viajes en forma de cartas, que va de mil setecientos sesenta y siete a mil setecientos setenta y uno, y por Johann Heinrich Bartels. Este ciclo tal

vez fue cerrado para siempre por Hofmannsthal, el penúltimo de los viajeros.

## ANORMALIDADES

Cuando volaba de Roma a Palermo leí en *Il Messaggero* una frase que me llamó la atención por la fetidez que despedía: “Quanta violenza nelle famiglie normale”. La extraje de la nota que daba cuenta de un doble asesinato en Italia. Una chica había matado a su madre y a su hermano por oscuras razones. Es obvio que la frase en cuestión tiene pobres pretensiones pedagógicas y freudianas: la violencia no es lo propio, o no debería ser lo propio de las familias normales, sino de las anormales, me imagino que quería decir, aun cuando a menudo las familias normales hiedan, como las de la mafia siciliana, que con el tiempo se han convertido en la norma, dentro y fuera de Italia, y a tal punto que hoy muchas otras asociaciones delictuosas compiten con ella en todo el planeta asesinando día tras día, sin que sus infamias produzcan la impresión de parecer anormales. Un crimen como ese no es, pues, exclusivo de Italia. Lo mismo ocurre en Norteamérica, donde los niños convierten en tiro al blanco a sus compañeros y a sus profesores en las escuelas; en Inglaterra, donde dos adolescentes ahogan a un pequeño y luego uno de ellos se vuelve una celebridad al dar constancia de su crimen en un libro aplaudido por los miembros de las familias normales; en España, donde dos jovencitas asesinan a otra porque quieren ser famosas; en Japón, donde un muchacho mata a su madre y hiere a dos amigos con un bate de béisbol; y en todos lados,

aun cuando casi siempre se crea que *eso* sólo ocurre en una parte. Algo parecido sucede con la mafia. Cada vez que se habla de Sicilia de inmediato se piensa en la secreta organización criminal llamada la *Cosa Nostra*, que en verdad no es una quimera literaria ni un producto de la propaganda comunista de antaño, sino una terrible realidad, cuya existencia negaron durante décadas sus socios en el gobierno, el parlamento, la judicatura, la iglesia, las empresas, los medios de comunicación italianos y las embajadas de numerosos países (encabezados por los USA), y que ahora no es en exclusiva un fenómeno local, sino un complejo internacional en el que tejen y destejen sus redes ucranianos, rusos, italianos, norteamericanos, chinos, españoles, japoneses, mexicanos, colombianos...

Además de encabezar los negocios ilícitos (las drogas y el tráfico de armas en especial) de los que el mundo entero está al tanto (empezando por los gobernantes de casi todos los países del planeta, que se oponen con vigor a la legalización de las drogas, tal vez por ser sus mayores beneficiarios), la *Cosa Nostra* es una presencia lapidaria en el terreno de la construcción en Italia. También es obvia una situación análoga en numerosas naciones donde las mafias y sus secuaces construyen el desolador paisaje urbano hecho de conglomerados de hormigón que dan lugar a bloques de apartamentos stalinistas (producto de la especulación inmobiliaria, ya señalada por Italo Calvino en el libro que precisamente lleva por título *La especulación inmobiliaria*), los cuales se hermanan con el estilo fascista monumental.

Es un hecho consignado en diversos documentos y publicaciones que durante los años cincuenta y sesenta del siglo veinte se llevó a cabo el saqueo de Palermo y en particular del centro de la ciudad por los hermanos Salvo y Vito Ciancimino, mafio-

sos afiliados a la democracia cristiana, hombres de ese Giulio Andreotti que de mil novecientos setenta y ocho a mil novecientos noventa y dos fue primer ministro siete veces y, pese a todas las pruebas presentadas en el juicio que se le hizo por sus vínculos con la mafia, fue absuelto, sin lugar a dudas porque había sido jefe de estado y todos los jefes y exjefes de estado siguen siendo intocables en el ancho mundo, exceptuados los casos de Montesinos y Milosevic, pero no los de Pinochet y muchos otros de sus incontables pares, entre los cuales destaca Sharon.

En el juicio contra Adriano Sofri y sus compañeros un solo “arrepentido” hizo que tres hombres fueran condenados a veintidós años de cárcel, mientras que en el de las sospechosas relaciones de Andreotti con la mafia doce arrepentidos carecieron de credibilidad.

Construcción, promoción y agencias inmobiliarias son lo propio de la mafia en Sicilia. Y de aquí que a menudo sean lo único o lo que más retiene la pobre retina de los fatigados viajeros (que ya no son tales a la manera del siglo diecinueve, sino la esencia de una de las más grandes pestes del siglo veinte: el turismo) y aun de los nativos, cuya capacidad de observación se ha vuelto muy limitada, cuando no nula, y cuya memoria es de una pobreza infinita. Ya nadie recuerda que un cantante de cruceros de apellido Berlusconi se hizo multimillonario de la noche a la mañana, y que de un día para otro se convirtió en gobernante gracias a sus vínculos con los *onorevoli* de diverso signo (incluidos, por supuesto, los eclesiásticos) y al electorado cautivo del Sur de Italia (en particular el siciliano). Han pasado al olvido Bettino Craxi y la fuente que se robó de una plaza pública en Milán y se llevó a su exilio en Túnez, al igual que aquellos que, en otros países, hurtan puertas, obeliscos y piezas arqueológicas

para adornar sus residencias postgubernamentales.

Italia no es *Donna di provincie, ma bordello*, decía Dante, pero ahora *il bordello* es planetario. Entre mil novecientos noventa y dos y mil novecientos noventa y tres murieron asesinadas cientos, miles de personas, dentro y fuera de Sicilia, pero en general sólo se recuerda el nombre de esta isla cuando se habla de crímenes mafiosos.

Es inevitable, pues, hablar de la mafia cuando el tema es Sicilia. Sin embargo, ahí no todo es la *Cosa Nostra*. En esta isla privilegiada, eje de la civilización mediterránea, hay más, mucho más, y muy poco tiene que ver con esos crímenes de nuestra época que han convertido las tragedias de Shakespeare en meras anécdotas o en alegres cuentos para niños.

## LA PIEDRA NEGRA

La *Pietra nera* o Piedra de Palermo es una pequeña losa con jeroglíficos donada por el señor Ferdinando Gaudiano al Museo Archeologico Antonio Salinas de Palermo en mil ochocientos setenta y siete. Se trata de una piedra de diorita negra, de un fragmento de inscripción jeroglífica que contiene los anales de las cinco primeras dinastías del antiguo reino de Egipto. La quinta dinastía va del cuarto al quinto milenio antes de Cristo y no creo equivocarme si afirmo que, aun cuando crece el papiro en Sicilia, como civilización los egipcios nunca estuvieron en esta isla, cuyos habitantes no son, al menos directamente, descendientes de los faraones ni de alguna de las doce tribus de Israel que se anclaron ahí. De hecho, los egipcios no fueron colonizadores a la manera de Grecia, Persia, Cartago y Roma y, en consecuencia, no fueron grandes conquistadores. Tal vez un día un curioso viajero fenicio fue a Egipto, en donde robó o cambió la *pietra nera* por unas monedas y luego la vendió en Sicilia a un comerciante, o a un cantero que no supo sacarle utilidad alguna y la arrumbó. O quizá la piedra llegó a esta isla en el talego de un navegante griego proclive al tráfico de esclavos y poco amigo de las actividades escultóricas. De la misma manera que el obelisco de la plaza de la Concordia de París no es francés, ni el de Estambul (¿por qué ya no Istambul?), como escriben los turcos y escribíamos nosotros en una época en que teníamos respeto por

los otros) es turco, la piedra negra que está en un cuarto (no en una sala) del Museo Archeologico de Palermo no es siciliana. Se trata de una joya sin valor histórico local, pero la percibo como una especie de acta de fundación simbólica de Sicilia, como un *omphalos* siciliano. Es el testimonio de un origen legendario que, como todos los orígenes, se pierde en el laberinto de los tiempos. Es el mito, que es a la vez el cero y el infinito, como leí quizá en algún libro de cuyo nombre no puedo (o no quiero) acordarme. Es el cero y el infinito al mismo tiempo porque los grandes hechos del pasado mítico, del que dan cuenta objetos como la piedra negra, resucitan en las invenciones de un presente que sueña el porvenir (Michelet). Depositarios de un legado múltiple al que no siempre tienen acceso, los sicilianos han convertido los designios de sus ancestros en esas grandes obras del espíritu que en diversos ámbitos (literatura, pintura, cine, ciencia, música) se han reproducido sin cesar. Ese legado es, pues, diverso, y en él no se encuentra la supuesta fuerza de una superflua identidad. Sí, en cambio, el de una magnífica identificación con lo disímil, que es único y, por lo tanto, universal.

Sicilia es un conjunto de fragmentos míticos que encajan perfectamente en una totalidad mágica, como si se tratara de un acertijo cosmogónico. Es el enigma de la identificación mediterránea, que nada tiene que ver con falsas identidades ni con siniestros nacionalismos, armados o desarmados. Y este es un libro de fragmentos que, como homenaje a esa identificación, se dispara en diversas direcciones.



## APROXIMACIONES

Como casi todo el mundo, la primera vez que oí el nombre de Sicilia fue (es obvio) en la escuela, en clase de geografía. Durante mucho tiempo esta isla sólo fue para mí una referencia geográfica, pero me quedó en la cabeza la resonancia de su nombre, tan sonoro y breve como el del Bósforo o tan prolongado y eufónico como el de los Dardanelos. Luego Sicilia se convirtió en el Mezzogiorno, el Midi, el Sur desértico y abrasador sembrado de supuestos haraganes. Después, a la geografía se sumaron la política y la economía, y a ese Sur lo vi acompañado de dos adjetivos infamantes: tercermundista y subdesarrollado. Más tarde Sicilia quedaría reducida a un lugar común: aridez lunar habitada por perezosos que gritan, gesticulan y sólo comen gordas pizzas y pasta con mucho picante. Hasta hace muy poco se pensaba (¿todavía se piensa?) que Sicilia, al igual que Campania y Calabria, formaba parte de la marginación geopolítica europea. ¿Es Calabria o Caláfrica?, se preguntaban los ingeniosos de pésimo gusto. Al igual que España, estas dos regiones eran (¿o son?) consideradas, más que Europa, África, o parte del llamado tercer mundo. Y parecía haber pruebas: cuando se anunciaban elecciones en Palermo (o en Nápoles) el electorado cautivo recibía de los barones locales y de sus amigos mafiosos un poco de pasta *asciutta* y un zapato como anticipo por su voto. El que hacía el par se recogía al día siguiente de la votación si los resultados ha-

bían sido satisfactorios para los poderosos. Sicilia y Nápoles no estaban lejos de ese PRI mexicano que compraba (y seguirá comprando) al electorado con tortillas y sombreros que configuran el mapa de su modernidad. Sin embargo, hoy sabemos que esas pruebas de una modernidad por lo menos arcaica también se encuentran en latitudes que parecerían menos sospechosas. No sólo se me ocurre pensar en la faraónica España. Francia y Alemania no son precisamente ejemplares, y Norteamérica no es un immaculado paradigma. *Urbi et orbis, corruptio habemus.*

Contra la supuesta aridez de la isla, Teócrito habla de los bosques de la Sicilia devastada por los romanos, que fue y sigue siendo un país de escritores, filósofos, científicos. Píndaro, Platón, Diódoro Sículo, Arquímedes, Tucídides nacieron o estuvieron en ella. La aridez es relativa porque hay ahí mucha más vegetación de la que a menudo se quiere imaginar. En Sicilia crecen árboles y cultivos cerca del mar y tierra adentro. Almendros, naranjos, olivos, cipreses, vides, algarrobos (*macchia* mediterráneos), pinos, abedules, hayas, serrátulas, asfódelos (que tanto les gustaban a los griegos y a D. H. Lawrence), higueras, adelfas, astroides, palmeras enanas, manzanillas, nopales, magueyes (hileras de magueyes que impresionaron a Filareti, mi compañera de viaje, porque los creía exclusivos de México y de Grecia), jaboneras, orquídeas, cerasios, musgos y líquenes configuran un abigarrado paisaje. Sus verdes prados están tapizados con flores tan coloridas como los malvaviscos. No son pocos los productos de los árboles y de los arbustos: adelfas, jazmines, arrayanes, madroños, mimosas, ginestas, almendros, naranjos. La tierra es tan obstinada como los hombres y mujeres que

hacen obras de arte o cultivan la ciencia ahí en donde nacieron Antonello da Messina, Giovanni Verga, Vicente Bellini, Ettore Majorana, Natalia Ginzburg, Giuseppe Tornatore y los únicos premios Nobel italianos antes que acudiera al escenario del renombre el actor Dario Fo: Salvatore Quasimodo y Luigi Pirandelo.

La referencia geográfica empezó a volverse sustantiva cuando leí una de las más extraordinarias novelas del siglo veinte: *Il gatopardo*, de Giuseppe Tomasi di Lampedusa, duque de Palma y príncipe de Lampedusa. Como otras grandes obras del espíritu, la de este autor tuvo que vencer sucias afrentas antes y después de ser editada. Por oscuras razones, Elio Vittorini rechazó el manuscrito de *Il gatopardo* en vida de Lampedusa, pero Giorgio Basan se dio cuenta de que era una obra maestra y lo publicó en la editorial Feltrinelli, donde no sólo hubo cabida para la militancia política que segó la vida del editor. Contra lo que llegó a decir Leonardo Sciascia, en esta novela está presente la protomafia rural que hunde sus raíces en la feudalidad siciliana, heredera, al igual que el resto de Europa, de los *latifundia* romanos. También hay en ella una enfática llamada de atención sobre el fraudulento origen de los estados nacionales (que aun cuando ahora son vapuleados por las multinacionales en el mundo globalizado sólo en apariencia están en vías de extinción) y su correlativa plaga: los nacionalismos rampantes, grandes o pequeños, descubiertos (como el vasco) o embozados (como el castellano, que ignora todo sobre el catalán, el gallego, lo andaluz y lo extremeño). Se encuentra ahí, además, una percepción del poder (que entronca con la de Maquiavelo) y de las formas que adopta para permanecer. Hay que cambiar para que todo siga igual, dice el joven Tancredi en una de sus páginas. En mil novecientos

sesenta y ocho un terremoto destruyó el palacio de la infancia de Lampedusa en Santa Margherita di Belice (modelo original de Donnafugata en *Il gattopardo*), pero todo siguió igual, dado que las ruinas y las ruindades del pasado sólo fueron sustituidas por las del presente, que son más devastadoras y hoy parecen definitivas.

Mi interés por Sicilia aumentó cuando vi *Salvatore Giuliano* de Francesco Rosi, aunque en un primer momento y aún tiempo después no me quedó claro si Rosi ensalzaba o censuraba al famoso bandido siciliano. Más tarde comprendí que su película se sumaba al dédalo de ambigüedades políticas tejido en torno a un popular bandido, nacionalista y anticomunista, que trabajaba para encumbrados forajidos que mataban el tiempo entretenidos en hacer política y negocios. Como obra que da cuenta de los “humillados y ofendidos” en una sociedad al parecer inmutable, *Salvatore Giuliano* es muy inferior a *La terra trema* de Visconti (película de indudable sello siciliano), cuyos protagonistas nos recuerdan fielmente la historia de la familia de pescadores de Aci Trezza contada por Verga en *I Malavoglia*.

Me adentré más en Sicilia cuando leí (aún cuando la novela me condujo fuera de la isla y más allá de Italia) *Cándido o un sueño siciliano* de Leonardo Sciascia, cuyo apellido es de origen árabe (Xaxa) y quiere decir velo para la cabeza; nombre acorde con el de un escritor que develaba y, sobre todo, velaba los misterios en los que iniciaba al lector (el poder y la capacidad para el crimen, entre otros) y cuyo secreto se llevó a la tumba.

El *Cándido* de Sciacia me acercó a la Sicilia que padeció numerosas atrocidades propias de la segunda guerra mundial, a su terrible y grandioso pasado, y a un incierto porvenir puesto en manos de los tráfugas del fascismo, la sempiterna iglesia

católica y los señores de horca y cuchillo locales o emigrados (como Lucky Luciano), que fueron utilizados y premiados por los ensobrecidos norteamericanos durante la segunda guerra mundial y la postguerra.

A esta lectura siguió *La desaparición de Majorana*, donde Sciascia penetra en el misterio de un científico poco común: sensible, inteligente y, por lo tanto, responsable, aunque no con mucho sentido del humor. Pero no se tocan las profundidades de Sicilia sólo a través del cine y de los libros. Hay que ir ahí. Hay que estar en ella, dentro de ella y en esas laberínticas profundidades que remiten a Creta o a la pitonisa de Delfos para ir al fondo. Es preciso verla de cerca, probarla, palparla, olerla y escucharla para descubrir que es otra Sicilia aquella que no es un estado dentro del estado, sino una permanente invitación al completo disfrute de los sentidos y a la reflexión que se iniciaron en esas tierras hace ya mucho tiempo.

